



REVISTA TIPO-AUTÓGRAFA DE EDUCACION Y RECREO  
DIRIGIDA POR  
D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

FRAY LUIS DE LEON.

Entre los hombres célebres en que es tan rica nuestra historia y nuestra patria tan afortunada, encuéntranse muchos que en la soledad del monasterio, en la tranquila vida del claustro consagraron su vida al estudio de las artes, y no es ciertamente la poesía la que ménos debe á aquellos preclaros varones. Uno de nuestros más cultos hablistas, poeta dulcísimo y elegante, fué el granadino Fray Luis de Leon cuyo retrato damos hoy á nuestros suscritores.



Nació en 1527 y pudiendo por su linaje y posicion disfrutar del esplendor mundano que su ilustre nacimiento le prometia, bien pronto mostró su aversion á las pompas y vanidades del mundo tomando el hábito de religioso de San Agustin al cumplir diez y seis años de edad.

Su carácter apacible y bondadoso refléjase clara y tranquilamente en la pureza de sus composiciones, como se retrata el limpio azul del cielo sobre la serena superficie de un cristalino lago, llegando á tal punto su mansedumbre y olvido y perdon de las injurias que reci-

Fray Luis de Leon.

bia, que en una ocasion en que fué infame-  
mente calumniado ante la Inquisicion y  
sufrió años de prision, cuando volvió á sa-  
lir libre por resultar su completa inocencia,  
sin recordar sus trabajos ni tener una frase  
de queja, dijo sencillamente á sus discipu-  
los: «Decíamos ayer...» y continuó la ex-  
plicacion que años atras interrumpió su  
prision.

Como catedrático de los más eminentes,  
explicó muchos años y compuso muchas é  
importantes obras. Murió Fray Luis de Leon  
en 1591.

En otro lugar publicamos una de sus en-  
cantadoras composiciones, verdadero mode-  
lo clásico de nuestra literatura.

C.

#### LA TORTUGA Y LAS GRULLAS.

Un célebre fabulista extranjero  
escribió una de gran aplicacion para  
la vida, y mi abuela debió leerla en sus  
buenos tiempos, porque cuando yo era  
pequeño me la referia en forma de  
cuento, diciéndome así:

— Pues señor, allá por los tiempos de  
Mari-Castaña, cuando hablaban los  
animales, vivió una tortuga muy ami-  
ga de saber é instruirse, cosa muy de  
alabar hasta en las tortugas, y sabien-  
do lo mucho que se aprende viajando,  
quiso echar su cuarto á espaldas y em-  
prender un viaje muy largo; pero no  
podía salirse con la suya, porque co-  
mo es un animalucho que anda tan des-  
pacito, no iba á llegar nunca.

Les contó sus penas á dos grullas  
vecinas suyas, muy buenas personas y  
amigas de hacer un favor á cualquie-  
ra, y les pidió un consejo.

— ¡Oro molido que fuere, D.<sup>a</sup> Tortu-  
ga de mi alma, le dijo la grulla de  
más edad que, como es columbre, an-

daba en un pie; nosotros la llevaremos  
á V. al fin del mundo ó donde V. quiera!

Mediaron ofrecimientos y palabritas  
de buena crianza, y quedó arreglado  
el viaje de la manera más hábil é  
ingeniosa que jamas inventó grulla  
nacida. Cogieron un palito delgado pe-  
ro fuerte, y á él se agarró con la boca  
la tortuga, y las dos grullas, asien-  
dole con el pico de los extremos, la lleva-  
ban como en un columpio, tan vicia-  
mente.

Las pájaros que vieron volar aquel  
animal que jamas había atravesado  
los aires, se hacian lenguas en  
su alabanza y la seguian con tanto  
pico abierto.

— ¡Es esta, decian, la reina de las  
aves, que vuela con su palacio á  
cuestas? ¡Es esta la primer tor-  
tuga del mundo?

Las grullas seguian volando á  
gran elevacion, y la tortuga, que iba  
orgullosa con las alabanzas de los  
pájaros, no pudo resistir á tanta pre-  
gunta y les dijo:

— Yo soy ese prodigio, yo soy esa  
maravilla; pero como para decir-  
lo tuve que abrir la boca..... cataplum;  
soltó el palito y cayó al suelo, donde  
se hizo pedazos.

De mucha que sea la altura á que  
te encuentres, oye con cautela las  
alabanzas y no te enorgullezcas;  
no sea que al abrir la boca, como  
la tortuga, te se escape de la boca  
el palito de la prudencia, al que  
siempre debes ir cogido.

Q. N. K.

## LAS OBRAS DE MISERICORDIA

## Dar de comer al hambriento.

Media legua de Moguer, entre los ríos Odiel y Tinto, en la provincia de Huelva, se conserva aún, para testimonio de las glorias españolas, el célebre convento franciscano de Santa María de la Rábida: colocado sobre una elevada colina, y cercado de viñedos, descúbrese á lo lejos, desde aquella planicie, inmensos arenales donde el sol refleja sus ardores y vastísimas soledades de agua que el viento agita en la superficie del Océano.

A través de estos campos, plantados de frondosas vides, un anciano camina hacia el monasterio, con el cuerpo abrumado de fatiga, la más profunda tristeza en el alma, la miseria retratada en su andrajosa ropa, los pies hinchados por el cansancio y el rostro curtido por los rigores de la canícula: lleva de la mano, casi arrastrando, un pobre niño como de diez años de edad, que llora amargamente, tropezando á cada paso, porque sus piernas, debilitadas por tanto y tan largo caminar, se niegan á moverse.

—¡No puedo más, padre mío, no puedo más! Hace dos días que no hemos comido, y ya siento que estos desmayos no han de permitirme llegar al término de la jornada.

—Bien lo sé, hijo de mi alma, respondió el anciano; nuestra pobreza es tal y nuestra desventura tan grande, que ni un pedazo de pan hemos podido adquirir en los pueblos que acabamos de atravesar; pero la misericordia de Dios, que no abandona á sus criaturas, nos proporcionará, dentro de poco, allá arriba, en la casa de oración que divisamos, pan y agua con que satisfacer el hambre y calmar la sed que nos devora. Haz, pues, un nuevo esfuerzo, hijo mío, y todo habrá cambiado en breves momentos.

Y siguieron andando, el viejo, encorvado por el cansancio más que por los años, y el pequeñuelo, sin contener las lágrimas que surcaban su semblante descolorido. Después de un cuarto de hora, ambos peregrinos se hallaron á la puerta de la Rábida, fuera de la cual se movía, agitada por el aire, la cuerda de una campana. El anciano tiró de ella, y los tañidos del sonoro bronce, que fueron á perderse en alas de las brisas del mar, avisaron al lego que servía de portero.

—*¡Ave María!* dijo el caminante descubriéndose piadosamente la cabeza.

—*Gratia plena*, contestóle el lego: ¿qué se le ofrece, hermano?

—Pedir, por el amor del que á todos nos da la vida, un pedazo de pan y un jarro de agua para este niño que aquí veis, y á cuyo sustento, por las vicisitudes de mi contraria fortuna, no puedo atender en este día.

—Dios, que cuida de los pajarillos y mantiene á los lirios y á las azucenas de estos valles, no había de consentir que pereciérais de hambre en medio de la abundancia con que su generosa providencia regala á los mortales. Pasad adelante, que estais en la Casa del Señor, y no os han de faltar, ni á vos ni á vuestro hijo, pan y agua para desterrar el abatimiento en que os veo.

Comieron y bebieron los atribulados peregrinos en aquellos claustros, hoy tan solitarios: por acaso los vió el guardian del convento, Juan Perez de Marchena, quien habló detenidamente con el forastero, averiguando en la conversacion de éste un hombre de colosal ingenio y de proyectos atrevidísimos, á quien la ignorancia de la época, sin embargo, había motejado con el epíteto de *loco*. Porque aquel humilde y desvalido pordiosero era el inmortal genoves Cristóbal Colon que, acompañado de su hijo Diego, andaba buscando á quien regalar un Nuevo Mundo en el cual nadie quería creer. Fray Juan Perez de Marchena fué, en adelante, su protector cerca de Hernando de Talavera, confesor de los Reyes Católicos que dieron á Colon, finalmente, los medios de buscar en los desiertos del Océano las ignoradas tierras de América.

Así, por tan caritativa obra de misericordia, pudo España, algunos años más tarde, grabar este epitafio sobre el sepulcro del audaz descubridor:

POR CASTILLA Y POR LEON,

EL NUEVO MUNDO HALLÓ COLON (1).

ILDEFONSO FERNANDEZ Y SANCHEZ.

## LOS TRES AMIGOS

APÓLOGO, POR HERDER.

Un hombre tenía tres amigos, y á dos de ellos, sobre todo, los quería mucho; el tercero le era indiferente, á pesar de tenerle

(1) Capítulo del libro inédito para lectura en las escuelas, titulado *Las obras de Misericordia*.

éste grande apego. Un día fué acusado de un gran crimen ante la justicia, aunque inocente.

¿Quién de vosotros, dijo él, quiere acompañarme á declarar en favor mio? pues pesa sobre mí una grave acusacion y el rey está muy enojado.

El primero de sus amigos se excusó al instante, pretextando otras ocupaciones; el

segundo le acompañó hasta la puerta del tribunal, paróse allí y se volvió temiendo la cólera del juez; el tercero, que era con el que menos habia contado, entró, habló en favor suyo y atestiguó su inocencia con tal conviccion, que el juez, no sólo le envió libre, sino que le premió.

El hombre tiene en este mundo tres amigos. ¿Cómo se portan á la hora de la muerte?



Convento de Santa María de la Rábida.

te, cuando Dios le llama ante su tribunal? *El dinero*, su amigo predilecto, le abandona y no va con él. *Sus parientes y amigos* le acompañan hasta la puerta de la tumba y se vuelven á sus casas. El tercero, del cual con frecuencia se ha acordado ménos durante su vida, es *sus buenas obras*: ellas solas le acompañan hasta delante de su juez; ellas le preceden, hablan en su favor y encuentran misericordia y perdon.

#### LA VIDA TRANQUILA.

ODA.

¡Qué descansada vida  
La del que huye el mundanal ruido,  
Y sigue la escondida  
Senda por donde han ido

Los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho  
De los soberbios grandes el estado,  
Ni del dorado techo  
Se admira, fabricado  
Del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama  
Canta con voz su nombre pregonera,  
Ni cura si encarama  
La lengua lisonjera  
Lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta á mí contento,  
Si soy del vano dedo señalado,  
Si en busca de este viento  
Ando desalentado  
Con ansias vivas, con mortal cuidado?  
¡Oh monte, oh fuente, oh rio,  
Oh secreto seguro, deleitoso!  
Roto casi el navío,

A vuestro almo reposo  
Huyo de aqueste mar tempestuoso.  
Un no rompido sueño, (1)  
Un día puro, alegre, libre quiero;  
No quiero ver el ceño  
Vanamente severo  
De á quien la sangre ensalza ó el dinero.

Despiértente las aves  
Con su cantar sabroso no aprendido,  
No los cuidados graves  
De qué es siempre seguido  
El que al ajeno arbitrio está atenido.  
Vivir quiero conmigo,  
Gozar quiero del bien que debo al cielo,  
A solas, sin testigo,  
Libre de amor, de celo,  
De odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera (2)  
Por mi mano plantado tengo un huerto,  
Que con la primavera,  
De bella flor cubierto,  
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa,  
Por ver y acrecentar su hermosura,  
Desde la cumbre airosa  
Una fontana pura  
Hasta llegar corriendo se apresura;  
Y luego, sosegada,  
El paso entre los árboles torciendo,  
El suelo de pasada  
De verdura vistiendo,  
Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,  
Y ofrece mil olores al sentido,  
Los árboles menea  
Con un manso ruido,  
Que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro  
Los que de un falso leño se confían;  
No es mío ver el lloro  
De los que desconfían  
Cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena (3)  
Cruje, y en ciega noche el claro día  
Se torna, al cielo suena  
Confusa vocería,  
Y la mar enriquecen á porfía.

A mí una pobrecilla  
Mesa, de amable paz bien abastada,

(1) En esta estrofa todos los versos son asonantes entre sí: este defecto debe evitarse en poesía.

(2) Esta estrofa y las siguientes son realmente encantadoras.

(3) ¡Con qué sobriedad describe el autor en cuatro pintadas una tormenta en el mar!

Me basta; y la vajilla  
De fino oro labrada  
Sea de quien la mar no teme airada.  
Y mientras miserable- (1)  
Mente se están los otros abrasando  
Con sed insaciable  
Del peligroso mando,  
Tendido yo á la sombra esté cantando;  
A la sombra tendido,  
De hiedra y lauro eterno coronado,  
Puesto el atento oído  
Al són dulce, acordado,  
Del plectro sabiamente meneado.

FR. LUIS DE LEON.

## EL TEATRO DE LOS NIÑOS

### PEPITO TRÁPALA

Continuación (2).

PEPITO. Es verdad; creo que he ido demasiado léjos en esta broma.

ELVIRA. ¡Buena está la broma! ¡Cara nos va á salir la tal bromita!

PEPITO. ¡No seas inocente! Todo tiene arreglo en este mundo...

ELVIRA. ¿Qué intentas hacer?

PEPITO. ¿Qué intento? Ahora verás. En seguida voy á entrar donde están todos y á decirles que ya estoy curado.

ELVIRA. No te creerán.

PEPITO. ¿Cómo que no? Les diré que un médico ruso muy sabio me ha visto y me ha dado una receta tan eficaz que me ha curado inmediatamente.

ELVIRA. Pero te preguntarán quién te ha llevado á casa de ese médico.

PEPITO. ¡Tonta! Diré... que... al salir furioso por la calle me vió un caballero y tuvo compasión de mí.

ELVIRA. ¿Y te llevó á ver al médico?

PEPITO. No, no; era el mismo médico, que me llevó á casa de un boticario, donde hicieron á escape la medicina que él me recetó, y así se arregla la cuestión de que en tan poco tiempo me encuentre sano... ¿Ves tú cómo todo tiene arreglo?...

ELVIRA. A fuerza de nuevas mentiras! Pe-

(1) Esta licencia poética de dividir una frase al final de verso no se admite ya en el día.

(2) Véase la pág. 176.

pito, por Dios; no mientas más, yo te lo ruego!...

PEPITO. ¿Qué mal hago á nadie? Déjame!...

ELVIRA. ¿Y si papá se entera?

PEPITO. Eso si que no, cáspita; precisamente eso es lo que quiero evitar, porque si estos señores creen que sigo malo, son capaces de decirse-lo, y tiemblo de pensarlo.

ELVIRA. Pues haz lo que quieras, pero pronto, no sea que vaya á llegar papá!

PEPITO. Aún tengo tiempo.

ELVIRA. Lo que yo sentiré más será que el Sr. de Ramirez se lo cuente á papá.

PEPITO. ¿El Sr. de Ramirez?

ELVIRA. Lo ha dicho aquí hace un momento.

PEPITO. ¿Por qué no me lo dijiste en cuanto entré?... ¡Ay, Dios mio!

ELVIRA. Ves las consecuencias de las mentiras?



PEPITO. Déjame de sermones, y vámonos corriendo á casa ántes de que papá

salga, para impedir que venga y le hable el Sr. de Ramirez.

(Se oye la voz del Sr. de García, padre de Pepito y Elvira.)

ELVIRA. ¡Calla!

PEPITO. ¿Qué!

ELVIRA. Me pareció oír!...

PEPITO. ¿Sí?...

ELVIRA. La voz de papá...

PEPITO. ¿De veras?...

SR. DE G. (Dentro) ¿Dónde están estos niños?...

PEPITO. Ay! Huyamos!...

ELVIRA. ¿Qué intentas?

(Pepito empieza á correr algo atolondrado, va á la puerta, y como supone que por ella ha de entrar su padre, se detiene un momento indeciso, hasta que al fin se dirige á la ventana, que debe estar muy baja.)

PEPITO. Por aquí, al jardín.

ELVIRA. No, Pepito, por ahí no... Pepe!... Pepe...

(Pepito salta por la ventana. Elvira da un grito y salta tras él.)

#### ESCENA FINAL.

EL SR. DE GARCÍA, MANUEL, ANDRÉS, PAQUITA, JULIA, despues PEPITO y al final el Sr. DE RAMIREZ.

SR. DE G. ¿Dónde están mis hijos?

MANUEL. Aquí estaban; sin duda habrán salido al jardín.

PAQUITA (Yendo á la ventana) ¡Ah!...

SR. DE G. ¿Qué es eso?

ANDRÉS. (Que se ha acercado á la ventana con los demás niños.) Nada!... no... no es nada!...

JULIA. ¡Ay, Dios mio! (Llorando.)

SR. DE G. Algo sucede que me ocultais.

MANUEL. No... No...

SR. DE G. Dejadme, niños, dejadme verlo.

TODOS LOS NIÑOS. (Poniéndose delante para que no se acerque) No, no!

SR. DE G. ¡Cielos! Mi hija en brazos de mi amigo Ramirez; mi hija desmayada... ó muerta tal vez!...

PEPITO. (Llega corriendo y se arroja á los pies de su padre.) Máteme usted, papá, máteme usted; soy un asesino.

SR. DE G. ¿Qué dices? Habla... dilo todo.

PEPITO. Yo tengo la culpa...

SR. DE G. ¡Ah, miserable!

(Va á arrojarle sobre su hijo, á quien rodean para salvarle todos los niños, y aparece en la puerta el Sr. de Ramirez todo mojado.)

SR. DE R. Calma, amigo mio, ya ha vuelto en sí... La hemos acostado, y espero que no sea grave...

SR. DE G. Pero explicadme, por Dios...

PEPITO. Que yo, huyendo, salté por esa ven-

tana, y Elvira, gritándome « ¡Por ahí no! », me siguió temiendo que me cayera al estanque que está debajo, y por salvarme á mí fué á cogerme y cayó ella.

SR. DE G. ¡Alma generosa! ¿Y tú por qué huías?

PEPITO. Porque no me cogieses en una mentira.

SR. DE G. ¡Maldecida costumbre de mentir; qué disgustos ocasionas!

PEPITO. ¡Perdon, padre mio, perdon!  
(Cae el telón)

FIN DEL PRIMER ACTO.

## EL DOMINGO POR LA MAÑANA

BALADA ALEMANA.

El sábado dijo al domingo:

—Ya quedan todos acostados; ¡estaban tan cansados de velar!... Y yo mismo que hablo, apenas puedo tenerme en pié.

Dijo, y la campana sonó la media noche; y el sábado cayó en la oscuridad.

El domingo entonces exclamó:

—Ahora me toca á mí.

Y diciendo esto abrió dulcemente la ventana y se puso á contemplar las estrellas, aunque bostezando y de mala gana.

Hasta que, en fin, estregándose los párpados se va derecho á casa del sol, que dormía á pierna suelta, y le grita:

—Amigo, ya es hora.

Y el otro responde:

—Allá voy.

El domingo entonces coge, y despacito se encarama á lo más alto de las montañas, y se rie complacido; pero nadie le ve ni le escucha aún. Entonces se baja á la aldea y le dice al gallo:

—Cuidado con decir que estoy aquí!

Luégo vuela á ver si el sol se ha levantado ya, y sube en su carro, y juega con sus rayos, y revolotea, y salta, y brinca delante de las ventanas de la muchacha y del artesano.

Como es buen amigo, no se enfada de que no vengán á saludarle tan pronto, y que le traten sin cumplido, y hace como que no escucha cuando oye á unos y otros roncar con abandono.

Pero ¡qué bello rocío derrama sobre la tierra el domingo de Abril! ¡Cómo sabe em-

balsamar el aire, alegrar la campiña, hacer lucir la tempestad!

Las abejas solas trabajan en tal día en tejer sus celdillas... ¡Pobrecillas, que no saben que es domingo de Abril!

Todo respira alegría y amor; la aldea entera parece vestida de fiesta; la hermosa niña parece mejor con el traje nuevo, y el mancebo galán lleva el sombrero adornado de lazos y flores.

La modesta campana de la iglesia llama á los fieles, y todo el pueblo se reúne allí; amigos y rivales, criados y señores; y luégo se saludan á la salida, y reciben de mano del cura una misma bendición.

Las muchachas luégo van á coger flores para sus amantes, y los mancebos á luchar á fuerza de brazo, ó á lucir la voz de su garganta para merecerlas.

## EL CANGREJO

FÁBULA.

Resto de una comida

Que orillas de un arroyo fué servida,

Quedó en una pradera abandonado

El conchudo cadáver de un cangrejo

Lo mismo que una grana colorado.

Miraban y admiraban pensativos

Otros cangrejos vivos

Aquel tinte magnífico bermejo,

Y cada cual de su interior exhala

Esta loca expresion:— ¡Qué hermosa gala!

¡Quién el secreto raro poseyera

De poderse adornar de igual manera!—

Oyendo la ocurrencia peregrina,

Díjoles un raton docto en cocina:

—Para adquirir colores tan brillantes

No hay otro medio que coceros ántes;

Mirad, pues, lo que al misero le cuesta

La mortaja de honor que lleva puesta.

Quien envidie la gloria esclarecida

Que á los varones célebres rodea,

Suspenda su opinion hasta que lea

La fiel historia de su amarga vida.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

## CHARADAS

1.<sup>a</sup>

—¿Vas á paseo?

—Tercera.

—¿Vas, pues, al teatro?

—Prima.

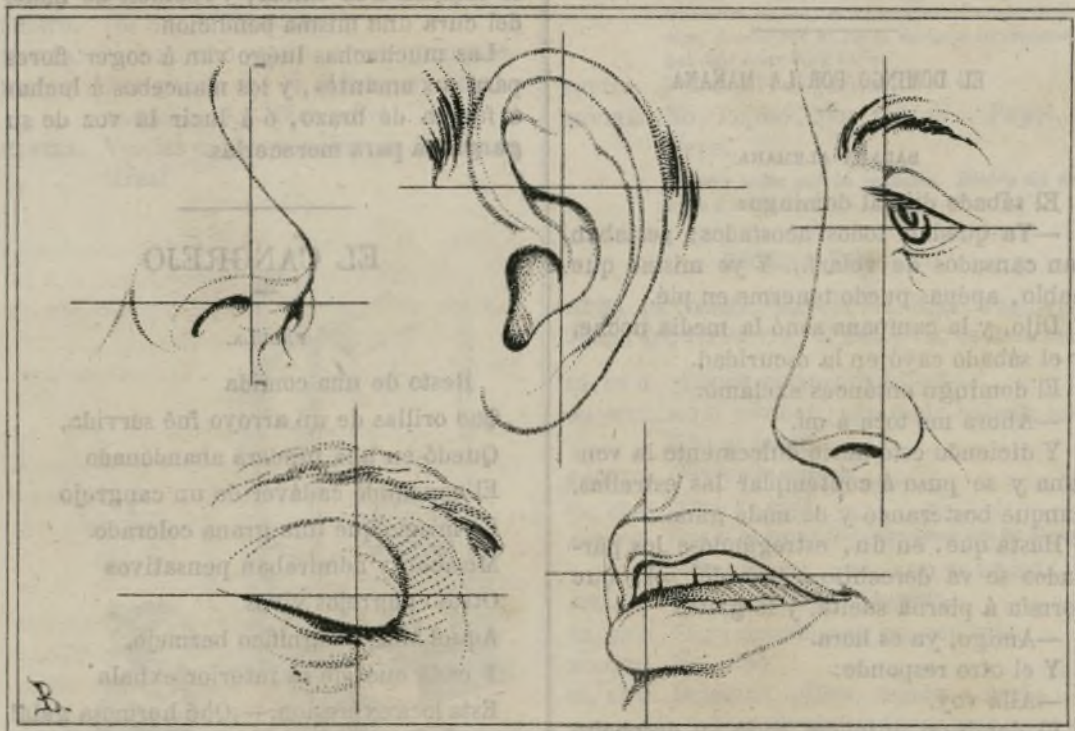
—¿Te vas al todo?

—Segunda.

—Pues allá voy en seguida.

2.<sup>a</sup>

En *prima* y *dos* una tarde  
merendé con mis hermanas,  
por cierto que *tercia* y *dos*  
nos d'ieron, muy delicada.  
¡Qué tarde más deliciosa!  
Qué versos la dedicara  
Si fuera yo en poesía  
el *todo* de mi charada!

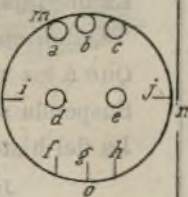


Elementos de dibujo.

## ENTRETENIMIENTOS

9.º—Hacer arder el gas ó humo por medio de un cucurucho.

10.—Modo de regar las huertas *a*, *b*, *c* (fig. *mno*) con los ríos *f*, *g*, *h*; la *d* con el *j*, y la *e* con el *i*, sin que éstos salgan de la circunferencia *mno*, ni se crucen dos de ellos ni pasen por otra huerta distinta.



## ACERTIJO

Volé en mis primeros tiempos,  
cortada me vi y herida,  
hoy mojada y arrastrada:  
¿Hay suerte como la mía?

Solucion de la charada del núm. 23:

TINO.

Del acertijo:

LA UVA.

MADRID: Imprenta y Litografía de N. Gonzales, Silva, 12